

DON ANICETO MARINAS

EN LA ORDEN DE ALFONSO X

EN virtud de disposición del Ministerio de Educación Nacional ha ingresado en la Orden de Alfonso X, *el Sabio* el insigne artista, maestro de la Escultura española, don Aniceto Marinas, quien llega a una avanzada ancianidad cargado de laureles conseguidos meritísimamente a través de su incesante servicio a España en la exaltación plástica de las mejores grandezas nacionales.

Desde sus años juveniles se orientó la personalidad de don Aniceto Marinas en la ruta indeseviada del Arte. Desde los tiempos, tan lejanos, de cantor en la Catedral de Segovia, hasta sus últimas producciones escultóricas, pasando por el cultivo de la música y las épocas de discípulo de Sansó y Suñol, y por los galardones que obtuvo en certámenes y concursos incontables.

Las obras de Marinas acusan un espíritu puesto en tensa actividad, enamorado de los intensos valores de la raza. Las grandes figuras de la historia heroica de España no se han escapado a los cinceles del ilustre Académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando, y así Guzmán el Bueno, Juan Bravo, Legazpi, Casco-ro, etc., cuantas encarnaciones históricas del temple racial, del perfil de lo heroico, del superador hecho de la personalidad es-

pañola descuellan en las páginas de la existencia nacional, tienen expresión en el mármol y en el bronce, dibujando su silueta aleccionadora en el horizonte de las ciudades españolas por obra del veterano maestro, poseedor de la Medalla de Honor en el gran Certamen de 1926, de tan constante recordación en los anales del Arte contemporáneo.

Mas como en España se vincula todo positivo significado del ser nacional en la profunda raigambre de lo religioso, no podía permanecer ausente la obra de Marinas a la exaltación de la más sintética forma del catolicismo en nuestra Patria, y el monumento del Cerro de los Angeles al Sagrado Corazón de Jesús, hoy en ruinas, veneradas con amor y con lágrimas por todo español digno de este nombre, sobre la cúspide que presencié el sacrilegio de la destrucción, llevó la firma de Marinas, interpretante apasionado en las fisonomías de los místicos que componían el grupo escultórico, ornamento de la imagen colosal del Salvador, mostrando el Corazón Deífico a la adoración de España, de todo el genio, de toda la inspiración, de toda la entrega, latentes en el alma hispana, cuando espirituales y endiosadas empresas se le imponen. Triunfo magno, al rebasar la plenitud de la vida del maestro, fué éste del monumento al Corazón Divino de Jesús en el Cerro de los Angeles, haciendo trascender el nombre de España y el propio más allá de fronteras y continentes.

Mas tuvo otro carácter también la obra de Marinas en el Cerro de los Angeles: asoció a la genuina expresión católica de la Patria el sentido de su universalidad, y así, junto a las figuras de Santa Teresa de Jesús, de Avila, o del Padre Hoyos, de Torrelabán, situaba la de San Francisco, de Asís, y la de Santa Margarita María, de Paray-le-Monial. Y es que, fundidas todas ellas en el subido éxtasis, que significaban, por arte de Marinas, simbolizaban también en la mente del artista la ecumenidad esplendorosa de la Iglesia.

La grata nueva del ingreso de don Aniceto Marinas en la Orden Civil de Alfonso X, *el Sabio*, colma las más plenas y generales satisfacciones.